



indigno sacerdote, el cardenal Hugo Blancus, desterrado por Gregorio VII, cuyo enojo había justamente merecido, había contribuido mucho para indisponer á los obispos de Worms contra Gregorio y para hacerles decretar su deposición (24 Enero, 1076). Gregorio fué acusado de estar manchado con una multitud de vicios, de ser un hereje, un hechicero, etc.; este decreto, dictado de un modo tan aventurero, fué enviado al papa de la manera más indigna, y le recibió en el momento que celebraba el sínodo de cuaresma. Gregorio fulminó entonces la excomunión contra Enrique, y absolvió á sus vasallos del juramento de fidelidad.

Enrique IV contaba muy pocos amigos entre los principales alemanes, y á ejemplo de los sajones, los duques de Baviera, de Suabia y de Carintia se declararon contra él: se había ya resuelto proceder á la elección de un nuevo rey, cuando Enrique, intimidado por esta resolución, consintió en ceder. Los príncipes alemanes le impusieron la condición que se haría absolver de la excomunión en el término de un año, que mientras tanto se abstendría de gobernar el imperio, y destituiría á sus ministros. Enrique, á pesar de los rigores de la estación, marchó inmediatamente hacia Italia, y envió delegados al papa, que se encontraba entonces en Canossa, en casa de la condesa Matilde de Toscana, suplicándole se dignase admitirle en su presencia. Avistarse con el papa y entrar en relaciones inmediatas con él, no era cosa permitida, porque las leyes de la Iglesia prohíben todo comercio con los excomulgados; era preciso absolver primero al rey de la excomunión, é imponerle una penitencia canónica. Enrique recibió por penitencia, como entonces se acostumbraba, pasar tres días en oración y en ayuno, delante de la fortaleza de Canossa (25-27 Enero de 1077): solamente entonces empezaron las negociaciones entre él y Gregorio VII (1). Enrique fué ab-

(1) Los dos adversarios fanáticos de Gregorio VII, Floto y Sugenheim, confiesan ellos mismos, el uno (II, P. 129) que era seguramente un gran espectáculo ver al rey en medio de la nieve en traje de penitente; pero que esta penitencia fué un acto de violencia ejercido por el rey sobre el papa, á fin de arrancarle la absolu-

suelto de la excomunión; pero por lo demás, especialmente lo que concernía á sus relaciones con el imperio de Alemania, su posición no debía cambiar hasta que Gregorio no fuera á Alemania y arreglase todas las cosas de acuerdo con los príncipes. Enrique IV debía, pues, abstenerse del gobierno; inútil es decir que había prometido observar en lo sucesivo las leyes de la Iglesia contra la simonía, reinar con más justicia, etc.

Pero cuando se vió en medio de sus vasallos de Lombardía, cambió pronto de disposiciones. Vivamente irritados contra Gregorio VII, humillados por la condescendencia de Enrique, los vasallos se mostraron dispuestos á defenderle contra todos y por cuantos me-

cion; tanta era su inquietud.» El otro asegura que Enrique se decidió á arrancar al papa la absolución por medio de una violencia moral. ¿No es especialmente á la aristocracia alemana á quien debe imputarse esta sombría página de los anales de la historia germánica? Enrique IV estaba obligado á apresurarse y á conseguir de cualquier modo del papa una penitencia y una absolución, porque era necesario que estuviera absuelto antes del final de Febrero de 1077, para no perder toda esperanza de recobrar la corona alemana. No es el papa, sino los príncipes del imperio de Enrique IV, los que han preparado la escena de Canossa. No se cesa de gemir por la humillación del emperador de Alemania, atribuida al orgullo de Gregorio VII; pero ¿quién es capaz de acusar de orgullo á Ambrosio por haber excomulgado á Teodosio, ó de decir que éste fué humillado por someterse á la penitencia canónica? Federico I no se degradó humillándose delante de Alejandro III. No es el papa el que impuso al rey una penitencia de tres días, sino el rey que se sometió voluntariamente á ella. Esta especie de penitencias estaban muy en uso en la edad media. El traje de penitente le llevaba sobre los demás vestidos. «Con la oscuridad, que en buena hora llegó, dice el mismo Floto, entraron en sus departamentos para descansar y comer.» Pero la reintegración de Enrique en la comunión de la Iglesia no implicaba su rehabilitación como emperador, sino que esto dependía de la decisión de los príncipes. Terminada la penitencia, Gregorio recibió al rey con lágrimas en los ojos, le abrazó, lo mismo que los obispos que estaban presentes, (los de Strasburgo, Brema, Lausanne, Basilea y Hamburgo), y celebró la santa misa. Se ha dicho que el papa al dar la comunión al rey había querido hacer con él la prueba eucarística; pero este hecho es reconocido como fabuloso, especialmente por Dollinger, por Neander, por Hefelé, por Giesebrecht y por Sugenheim; al ofrecer la comunión al rey, el papa le exhortó á no recibirla si la sumisión no era sincera y si legalmente no rechazaba los decretos de Worms.



dios les fuera posible: estos sentimientos habían sido, sobre todo, sugeridos por los obispos lombardos. Enrique tomó inmediatamente en sus manos las riendas del gobierno del imperio en el territorio de Lombardía, y obligó así á los príncipes de Alemania á que llegaran al último extremo, nombrando rey al duque Rodolfo de Suabia (15 de Marzo de 1077), puesto que Enrique no había cumplido la promesa que había hecho en la dieta de Spira de no administrar el imperio hasta que todo estuviera arreglado de concierto con ellos (1).

(1) Hefelé intenta probar contra Lipsius que Gregorio quería impedir la elección de un antirey. Gregorio hizo cuanto pudo para prevenir esta elección, y rogó á Enrique IV que inmediatamente corriese á Torchheim para justificarse delante de los príncipes. Enrique respondió que era la primera vez que visitaba la Italia en calidad de rey, que no podía marchar tan pronto, y que tenía tiempo suficiente para llegar á Torchheim el 13 de Marzo. Como los príncipes habían decidido de otro modo, los legados se vieron precisados á ceder al nombramiento de un rey, y no pudieron evitar la elección. Habiendo Sigefredo de Maguncia declarado que nombraba rey á Rodolfo, todos los demás hicieron lo mismo: «obispos, príncipes y pueblo» (Hefelé, 95). El 26 de Mayo, Rodolfo fué consagrado en Maguncia por Sigefredo. Á instancias de Enrique IV, Gregorio VII amenazó con la excomunión á Rodolfo y á los obispos, si no justificaban su conducta; en cuanto á él (carta de 31 de Mayo de 1077), iba á trasladarse á Alemania á arreglar las diferencias con el auxilio de los príncipes. En este momento, Enrique IV, á la cabeza de un poderoso ejército, se levantó contra el papa y permitió que sus servidores maltratasen á los enviados de Gregorio. Los legados anteriores (los de la dieta de Torchheim) fueron igualmente reducidos á prisión por sus partidarios: hé aquí por qué el cardenal y legado Bernardo pronunció en Goslar, en 12 de Noviembre de 1074, la sentencia de excomunión y de deposición contra Enrique, porque había violado la convención de Canossa y obstinadamente rechazado toda conciliación amigable; confirmó el nombramiento de Rodolfo. Gregorio VII ignoró durante más de un año la sentencia dictada por su legado. La madre del emperador, Ines, muerta en Diciembre de 1077 en Roma, fué solemnemente inhumada por Gregorio. En el sínodo cuadragésimo celebrado en Roma en 1078, Gregorio afirmó de nuevo que había resuelto trasladarse á Alemania. El nuncio del papa partió para Alemania con los legados de Enrique. Pero los partidarios de Rodolfo y de Enrique no querían ni tregua ni paz. El 27 de Mayo de 1078, en Goslar, Rodolfo se decidió por la guerra, y Enrique por su parte estaba también dispuesto. Despues de la batalla de Melrichstadt (7 de Agosto de 1078), los dos partidos se adjudicaron la victoria. Enrique

La guerra estalló entonces entre los dos reyes: la primera batalla en que Enrique fué vencedor, fué seguida de una segunda que

empezó entonces una guerra de destrucción: centenas de iglesias fueron saqueadas, y algunas de ellas quemadas con las personas que estaban dentro; los altares destruidos, y las vírgenes del Señor deshonradas. Enrique IV volvió á conferir por simonía los obispos á los enemigos del papa. El plan de Gregorio de convocar en Roma en 1079 una conferencia pacífica, fué de nuevo planteado. En el verano de 1079, los partidarios de Rodolfo habían enviado al papa seis quejas, en que le acusaban de política ligera y anti-ecclesiástica, y á sus legados de parcialidad.

Enrique IV corrió de nuevo á las armas; pero la batalla dada el 27 de Enero en Harchheim, cerca de Mulhouse, permaneció indecisa: los dos partidos cantaban victoria y pedían al papa que los reconociese. Enrique se mostró lleno de orgullo, é insolencia; envió como legados á Liemar, arzobispo suspenso de Brema, y á Roberto, obispo excomulgado de Bamberg.

En 1080, en el sínodo de cuaresma, los legados de Enrique IV y de Rodolfo estaban de nuevo presentes. Los de Rodolfo manifestaron todos los horrores que Enrique había cometido contra la Iglesia, y se vió que había violado todas sus promesas, ó como se expresa Leo, que era un «incorregible embustero». Despues de una dilación de tres años, Gregorio reconoció á Rodolfo, y el 7 de Marzo de 1080, Enrique fué declarado destituido del imperio. La exposición histórica del papa, decía entre otras cosas: «Enrique ha causado la muerte de una multitud de cristianos, saqueado un gran número de iglesias, y asolado el reino teutónico». Las relaciones relativas á la corona adornada con esta inscripción: *Petra dedit Petro*, etc., son tan vagas, que Voigt, Gfrerer y Hefelé, han puesto en duda hasta el hecho mismo. Por su parte, Enrique convocó á sus obispos, y en el día de Pentecostés de 1080 hizo deponer á Gregorio por nueve obispos reunidos en Maguncia, y despues el 25 de Junio en Brixen, por treinta obispos y muchos señores. Dieron por motivo que Gregorio frecuentaba los teatros y las mesas de los banqueros; que había envenenado á cuatro papas; usurpado violentamente el papado; predicado el saqueo de las iglesias y el asesinato; justificado el perjurio y el homicidio; que, discípulo de Berenger, negaba la Eucaristía; creía en agüeros y en la nigromancia, invocaba á los muertos, estaba poseído por el demonio, y, que si se obstinaba, sería para siempre condenado. Nombraron por papa al enemigo mortal de Gregorio, al atrevido Wibert, obispo de Ravena, á quien Enrique se apresuró á reconocer, doblando la rodilla delante de él y jurando recibir de sus manos la corona imperial. Benzo, Benno y otros escritores pagados por el emperador, publicaron folletos injuriosos contra Gregorio.

Enrique IV marchó de nuevo contra Rodolfo, que murió en la batalla sobre el Ulster, en medio de su ejército victorioso. Sugenheim, en su rabia fanática, le llama «el rey moribundo de los sacerdotes.»



quedó indecisa: la tercera, librada cerca de Flandungen, fué favorable á Rodolfo. Gregorio, solicitado por los dos partidos, había permanecido neutral; no había, pues, abrazado el partido de Rodolfo, ya porque esperase reconciliarse con Enrique, ya porque quisiera dejar á los dos antagonistas probar á su placer los azares de la guerra, ó ya porque hubiera sido aconsejado por la prudencia ó por cualquier otro motivo. Ahora que el partido de Rodolfo

Enrique vuela á Italia para echar abajo á Gregorio. El papa, siempre inflexible, excomulgó de nuevo á él y á sus partidarios en el concilio cuadragésimo de 1081, y estableció al obispo Altman como vicario suyo en Alemania. «Ninguno de mis predecesores, decía el 8 de Abril de 1081, ha recibido de ningún rey mayores concesiones que las que yo recibiría de Enrique si me alejase del sendero de la justicia; pero no temo las amenazas de los impíos, y prefiero morir ántes que consentir el mal.»

El día 3 de Junio de 1083, Enrique se apoderó de la ciudad de Leon y de la iglesia de San Pedro, y ofreció la paz. Gregorio respondió que Enrique debía primero satisfacer á la Iglesia, y que no podía coronar á un príncipe desterrado del imperio. En Marzo de 1084 Enrique se apoderó de la mayor parte de la ciudad, y el 21 de Marzo de 1084, los romanos, que se habían dejado corromper, le abrieron las puertas, y sólo quedó al papa el castillo de San Angelo. Enrique le invitó á un concilio, y como no compareciese, le hizo depone. El 31 de Marzo el antipapa ponía la corona imperial sobre las sienes de Enrique IV en la iglesia de San Pedro. La proximidad de los normandos en el mes de Mayo obligó á Enrique á retirarse, y entró en Alemania en 1084. Gregorio se trasladó al Monte-Casino y á fines de 1084 á Salerno, en donde renovó la excomunion contra Enrique y su antipapa, y envió á sus legados para que la publicasen en Alemania y en Francia, provistos del último escrito que de él conservamos.

Poco tiempo ántes de su muerte, decía á los circunstantes que recordaban los servicios que había prestado á la Iglesia. «Por mí, queridos hermanos, no estimo ninguno de mis trabajos; no cuento más que una sola cosa, esto es, haber siempre amado la justicia y aborrecido la iniquidad. Subo allá arriba, en donde sin cesar os recomendaré al Dios compasivo.» Exhaló el último aliento, pronunciando estas palabras: *Dilexi justitiam et odi iniquitatem, propterea morior in exilio.*

«Gregorio VII murió el 25 de Mayo del año de gracia 1085, el día mismo en que los godos penetraban dentro de los muros de Toledo y enarbolaban de nuevo la cruz en las puertas de esta antigua capital del país. Mientras que los libres españoles hacían resonar sus cánticos de triunfo á las orillas del Tajo, en las playas occidentales de Italia el alma del justo, libre de los lazos del cuerpo, volaba hácia el origen de la luz, de donde había salido.» Gfrerer, VII, 958.

parecía decididamente victorioso, se pronunció en su favor y le envió una corona con esta inscripción romana: *Petra dedit Petro, Petrus diadema Rodolpho.*

En cuanto á Enrique, era de esperar que entrase en nuevo furor, y que ardiendo en deseos de vengarse usaría las represalias. Depuso por segunda vez á Gregorio (1080), y así como el papa había reconocido antirey, el rey le opuso un antipapa en la persona del arzobispo Guido de Rávena, que tomó el nombre de Clemente III. La confusion había llegado á su colmo; dos reyes había en Alemania y dos papas en la Iglesia. Enrique derrotó á Rodolfo en la batalla del Elster, y la muerte de este último, que pereció en la pelea, fué considerada como un juicio de Dios. Enrique se rehace, y al año siguiente (21, 22 de Mayo de 1081), se presenta delante de las puertas de Roma con un ejército temible.

Á contar desde esta época, los desastres se acumulan sobre la cabeza de Gregorio VII; pero solamente entónces revela su verdadera grandeza y da á conocer que toda su conducta no había sido inspirada más que por principios grabados en lo más íntimo de su sér; de aquí la energía que despliega en sus actos. Enrique sitia á Roma durante tres años (1081-1084); los romanos, que le son en un principio hostiles, pierden finalmente su valor, se declaran en favor de él y le ayudan á apoderarse del castillo del San Angelo, en donde el papa se había refugiado; conjuran á éste á que ceda y á que reconozca á Enrique IV por emperador; pero aunque se veía reducido al último extremo, y Enrique, victorioso en todo, le tendía una mano amiga, sin embargo, Gregorio no por eso dejó de exigir ántes de toda negociacion que el rey cumpliera sus deberes para con la Iglesia, haciendo una confesion de sus pecados y sometiéndose á la penitencia: cumplidas estas condiciones podrian ocuparse de lo demas.

Mucho tiempo hacia que el papa había entablado relaciones amistosas con los normandos de Nápoles y de Sicilia, que se habían comprometido á socorrer á la Santa Sede: acudieron á las órdenes de Roberto Guiscardo; pero queriendo aprovecharse al mismo tiempo de la an-



gustia del papa, se apoderaron de una parte de los Estados de la Iglesia, y como condicion de su apoyo pidieron la cesion de aquello de que se habían hecho dueños. Aquí tambien Gregorio mostró una gran firmeza, y estableció tales cláusulas, que los normandos podian siempre ser compelidos á restituir los territorios robados. La posicion del papa iba á ser peor que nunca; los normandos, en efecto, le libertaron, pero robando y saqueando á Roma; de suerte que Gregorio se encontró en un apuro mayor, porque debía temer que los romanos se mostrasen indispuestos con él y le hicieran responsable de estos excesos. Acompañado por los normandos, salió del castillo de San Angelo y se trasladó á Salerno, en donde murió en 1085, despues de haber pronunciado estas últimas palabras: «He amado la justicia y aborrecido la iniquidad, por eso muero en el destierro.»

Gregorio VII ha sido hasta nuestros días el objeto de fallos muy diversos, y hasta con frecuencia contradictorios. Sus enemigos contemporáneos, animados por la rabia, le han reprochado todos los vicios y todos los defectos imaginables, le han pintado como un hombre sin fe, sin ley, sin religion, sin nada de lo que constituye al cristiano y sin ninguna de las cualidades que forman el ornamento de un obispo y de un papa. Lo que entónces hizo la pasion más desenfrenada, lo imitaron los siglos siguientes. Para apreciar á Gregorio VII no tenemos absolutamente nada más que sus cartas, conservadas en su mayor parte, y en las cuales ha enunciado sus principios, sus sentimientos, sus pensamientos más íntimos; en una palabra, los verdaderos móviles de su conducta. Para apreciarle á fondo no tenemos más que el fallo de aquellos que le han exactamente conocido, la opinion de sus mejores contemporáneos. Si adoptamos esta medida, y si al mismo tiempo tenemos presente que debe ser juzgado segun su siglo, segun la historia, circunstancias y necesidades de su época, «no podrémos menos de considerarle como al hombre más grande que jamas ha existido.» No nos parece menos puro ni menos grande bajo el punto de vista moral, y para descubrir en él alguna mancha ó defecto se necesita estar ente-

ramente cegado por la pasion; para desprender los servicios que ha prestado á la Iglesia, es preciso estudiar lo que conforme á él se ha hecho, y examinar las obras que la Iglesia ha llevado á cabo, valiéndose de sus trabajos. Discutirémos los principios que dirigian sus actos, y que tan importantes resultados han dado, cuando terminemos la historia exterior de la queja de las investiduras. Mostraremos tambien, que estas máximas eran más bien de la época que de Gregorio VII; pero que si esto, no obstante, se dijera que los principios de aquel siglo eran los principios de Gregorio VII, la reciprocidad no sería exacta.

Cuando Gregorio VII estaba próximo á su fin, los asistentes le preguntaron quién quería que fuera su sucesor, y nombró al abad Desiderio de Monte-Casino, ó al obispo Oton de Ostia, ó al arzobispo Hugo de Lyon. Elegido el primero, no aceptó sino despues de grandes resistencias (elegido el 24 de Mayo 1086, consagrado en 1087 en el día de la Ascension, y se llamó Víctor III). Durante su reinado, que fué de corta duracion (murió el 16 de Setiembre de 1087), se mostró digno sucesor de Gregorio VII, lo cual es bastante decir; pero como la autoridad imperial predominaba entónces, Víctor no pudo sostenerse contra el antipapa Clemente III.

Fué despues elegido el segundo de aquellos que había designado Gregorio VII, Oton de Ostia. Urbano II, este es el nombre que adoptó (12 Marzo 1088, muerto 29 Julio 1099), se distinguió por un grande vigor de espíritu, por su conocimiento de los negocios, por su prudencia y por su modestia profunda; era además un sacerdote recomendable y digno de suceder á su amigo y predecesor Gregorio VII (1). Á pesar de todas estas bellas cualidades, se hubiera encontrado en la situacion más crítica, si las circunstancias y los sucesos excepcionales no hubiesen venido en su auxilio. La victoria que

(1) *Vita Urbani II*, ap. Mabillon, VI, p. 902-904; *Urbani II vita à Petro Pisano conscripta*, ap. Watterich; C. Gruenhagen, *Vita Urbani II*, part. I, Hapsis, 1848; Lambert, *Vita Urbani II*, part. I, Breslau, 1858; Adriano de Brimont, *Un papa de la edad media, Urbano II*, Paris, 1862.



conseguió fué especialmente debida á la condesa Matilde, que continuó en Italia la lucha contra las tropas imperiales, con un valor sin ejemplo y con una magnanimidad que la coloca en el rango de los más grandes héroes de la edad media. En 1097 obligó al emperador á abandonar la Italia. La defección de Conrado también contribuyó mucho á la derrota del emperador: Conrado era el hijo primogénito de Enrique IV y emperador de Italia; negocios de familia, las diversas afrentas que Enrique había hecho pasar á la madre de Conrado, y que el pudor impide revelar, su cólera contra su padre y el miedo que le causaba la excomunión de este último, habían decidido á Conrado á desertar de la causa paterna, que se encontró así considerablemente debilitada. Los ejércitos de los cruzados, que se formaron entonces, tuvieron igualmente una importancia inmensa, porque los cruzados fueron los que pusieron á Urbano II en posesión de Roma (1096).

Además, al renovar en los concilios de Placencia y de Clermont los principios de Gregorio VII sobre la investidura laica, apoyándose con toda la fuerza de su genio, teniendo siempre los espíritus alerta é imprimiéndoles un nuevo vuelo, Urbano II dió un rudo golpe al crédito de Enrique IV.

Muerto algunos días después de la toma de Jerusalén, Urbano II (29 Julio 1099) tuvo por sucesor á Pascual II (1099-1118), hombre de una piedad sin mancha, de una virtud á toda prueba, pero medianamente dotado de sabiduría mundana, y destituido de muchas cualidades que en Gregorio VII y en Urbano II iban inseparablemente unidas á la virtud y á la piedad. El antipapa Clemente III, casi olvidado por todo el mundo, no tardó en seguir al último papa al sepulcro; tuvo algunos sucesores, que se entregaron á un completo abandono y no merecen ni á un ser nombrados.

Repentinamente, Enrique IV se rehabilita, y cambiando de principios en muchos puntos, no siempre de una manera seria, se apresura á ponerse á la cabeza de una cruzada, cuyo acto le reconcilió con muchos espíritus. Se creía que iba á ser muy peligroso para Pascual II, y que la lucha tendría por objeto aumentar la

autoridad imperial, cuando su segundo hijo Enrique se levantó de nuevo contra él sin que se sepa con precisión los motivos que á ello le impulsaron, y si sólo establecer algunas hipótesis (1). Que se sublevó contra su padre por su afecto hacia la Iglesia, su conducta posterior desmiente esta aserción. Con mucho ahínco perseguido, Enrique sucumbió en la lucha contra su hijo, se vió precisado á abdicar el imperio y la corona y á resignarse á un fin que, cuando en él reflexionamos, nos conmueve hasta el fondo del corazón y vivamente nos impresiona. Habiéndole pedido algunos obispos que entregase las insignias del imperio, «¿por qué, respondió, se me quiere deponer?» «Porque habeis traficado indignamente con los obispos y con las abadías.» Dirigiéndose entonces al arzobispo de Maguncia, dijo: «¿Qué me habeis dado por el puesto que ocupais? Y vos, arzobispo de Colonia, ¿por qué me habeis corrompido? Y vos, obispo de Worms, ¿cuál ha sido vuestro presente?» «Nosotros hemos recibido nuestros obispados sin corrupción, contestaron.» Según se ve, Enrique se había singularmente corregido en los últimos años de su vida, aunque tenemos ejemplos que acreditan que no se había hecho inaccesible á la seducción; estos ejemplos abundan en los anales de la iglesia de Augsburgo, y prueban cuánto tuvo que sufrir esta iglesia con su tráfico. Por lo demás, en este último ataque se trataba mé-

(1) Según Giesebrecht, la sublevación de Enrique V contra su padre fué efecto de sus relaciones (ambiciosas) con los príncipes disidentes del reino. Enrique V era de estos caracteres exclusivos que subordinan y sacrifican todo á un fin; este fin, para él, no era otro que el poder. Por grande que fuese el aliciente del poder, ninguno de sus antepasados se había entregado á él de una manera tan absoluta; la pasión de reinar inspiraba todos sus pensamientos, sentimientos y acciones. Mientras vivió su hermano mayor, Conrado, muerto en 1102, Enrique estuvo lleno de sumisión para con su padre. Muerto Conrado estaba seguro de reinar; pero ¿cuándo reinaria? Enrique IV vivía, á su juicio, mucho tiempo; como no quería ni morir ni emprender la cruzada que había prometido, Enrique V perdía ya la paciencia, y excitado por todas partes, se levanta contra su padre. La hipocresía y la mentira eran los únicos escalones por donde pudo llegar al trono, y no dudó en poner en ellos atrevidamente el pié.



nos de la persona que de los principios cuyo triunfo era necesario asegurar (1).

Enrique V, que durante su revolución contra su padre había aparecido tan humilde y tan sumiso con la Iglesia, reveló pronto otros sentimientos, cuando creyó que no tenía nada que temer de su padre ni de sus partidarios. Pascual II se había propuesto ir á Alemania para ponerlo todo en orden, pero recibió de allí noticias tan graves que tuvo miedo, y no creyéndose seguro ni aún en la misma Roma, en lugar de ir á Alemania se dirigió hacia Francia (1106-1107): diversas negociaciones fueron entabladas entre él y Enrique V: es de utilidad exponerlas con algunos detalles, porque difundirán mucha luz sobre los esfuerzos de los papas en el transcurso de esta época.

En 1110-1111, Enrique V se trasladó á Roma para pedir al papa que le coronase emperador y para reconciliarse con él: se hizo preceder por legados encargados de las primeras negociaciones que se juzgaban indispensables. Después de una primera tentativa, de origen equívoco, Enrique V envió á decir al papa por medio de nuevos legados que concluiría el imperio si se le privaba del derecho de investidura, que todo el sistema feudal se destruiría, que si los bienes de la Iglesia, que formaban acaso más de la mitad de los bienes del imperio de Alemania, debían, según las ordenanzas del papa, estar exentos de todo impuesto y con-

tribución, de todo recargo militar, todo lazo feudal se desataría entre el Estado y la Iglesia y que todo el imperio perecería; el poder civil no podía pretender ningún derecho sobre los eclesiásticos si éstos no poseían ningún bien imperial. Pascual II respondió que así debía ser; que la Iglesia debía renunciar á los feudos del imperio y contentarse los eclesiásticos con los diezmos y obligaciones: que prefería ver pobre á la Iglesia antes que arrastrada por las riquezas temporales en esta multitud de negocios seculares y arrojada fuera de su esfera. Se convino también que el rey renunciaría completamente á la investidura, y que con esta condición sería coronado emperador. La cuestión fué tratada por última vez antes de la coronación; todos los príncipes de Alemania debían prestar su adhesión solemne á este concordato. Pero los obispos alemanes que rodeaban al rey se negaron á renunciar á sus feudos imperiales, y los otros príncipes de Alemania vieron igualmente con malos ojos este desenlace de la contienda, porque temían que el poder imperial encontrase así un aumento considerable y se elevase por cima de todo. Pascual no pudo, pues, cumplir su promesa, y Enrique V, por su parte, no quería renunciar al derecho de investidura sino con esta condición.

La marcha de este negocio es de la mayor importancia: en él vemos que los papas de entonces tendían constantemente hacia lo esencial y que no se cuidaban de aumentar el poder exterior de la Iglesia, ni abrigaban pensamientos ambiciosos; su único deseo es que reine el espíritu del cristianismo; la libertad que piden no es una libertad puramente exterior, sino la libertad suprema de la Iglesia. Estas tendencias de Pascual son extremadamente notables; lleno de confianza en la virtud y en el poder intrínsecos de la Iglesia, está dispuesto á dejar las cosas de fuera. Tal era la laudable intención de este papa; la existencia de la Iglesia no hubiera sido posible en esta época con la aplicación de los principios de Pascual. El cristianismo no estaba todavía suficientemente arraigado en la conciencia de los pueblos para que la Iglesia pudiera cumplir su misión sin

(1) Sobre los últimos años de la vida de Enrique IV, véase á Giesebrecht, III, p. 716-743. Enrique V se apoderó de su padre por medio de la astucia y de la traición, porque con sus lágrimas y con sus juramentos le decidió á que despidiera á su comitiva. El 22 de Diciembre de 1105, en Bingen, privado de su libertad y encerrado en la prisión de Bæckelmeim, el emperador, temiendo perder la vida, se resolvió á abdicar. Murió más tarde en Lieja, el 7 de Agosto de 1106, probablemente á consecuencia de las inauditas crueldades de que fué objeto y que excitaron en toda alma sensible la más profunda compasión. «Marchó tranquilamente á la muerte, confesó sus pecados con corazón arrepentido, y recibió la santa comunión con espíritu de fe. Al morir envió mensajeros de paz al papa y á su hijo; este último recibió también su espada y su anillo; tenía cerca de cincuenta y seis años, y hacía cerca de cincuenta años que había sucedido á su padre.» Su muerte dió al menos por resultado evitar la guerra civil, la guerra del hijo contra el padre.